

CONCURSO LITERARIO RICARDO MIRO

P O E M A S A M I

Sección Poesía

1963

Por José de Jesús Martínez

Donación: Instituto de Cultura y Deportes. Anál. 24.11.72.

LA INVISIBLE PRESENTE...

La invisible presente, las palabras
que le dice mi corazón y de las que no escucho
más que el susurro debajo de mi voz
cuando de pronto callo para oírlos;
el sollozo del otro lado de mi risa,
el silencio enfrente de mi silencio.
Hay un quehacer secreto tras de las puertas
cerradas de mi pensamiento, hay pasos que oigo
dentro de mí, transportando cosas,
cuando finjo dormir.

Nadie me dice nada.

No sé a quién amo.

De habitación en habitación, por los pasillos,
sótanos,
recorro mi pensamiento, enciendo luces,
hago inventario del recuerdo,

y nunca falta nada, y sin embargo
en todas partes alguien
acaba de salir y ya no está,
en todas partes algo
acaba de ser tocado.

Es casi como si hubiera
un polizonte en mi vida,
como si alguien me amara:
una mujer clandestina
que en mí se entiende con quien acaso he sido
y que he perdido y olvidado,
y juntos, los dos conspiran
o tramam algo.
Desde luego se aman. A escondidas.
Seguramente odiándome.
O a lo mejor incluso sin pensar en mí.

Y a veces es como si ya estuvieran
tomándome las medidas, como si en todo instante
alguien tuviese en mí clavada la mirada
y mi destino fuese sólo desorientar
en pose de "no me importa" y de
"yo no voy a llorar".

La invisible presente.
La muerte que me mira.

Que nos está mirando.

Disimulemos.

TOCAN EN MI, GOLPEAN...

Tocan en mí, golpean.

Alguien del otro lado quiere
abrirme en dos como una puerta,
entrar, nacer, pasar,
buscar a una mujer, recoger algo,
huir de Dios, asilarse en el mundo.
Alguien, del otro lado, me sacude
con terror, con prisa y humildad y urgencia.
Quizás un niño muerto perseguido
o un ángel comunista o un pobre diablo,
o un dios indio que nunca pudo aprender latín,
o un dios griego humillado, afeado, perdonado,
o yo mismo quizás, quizás yo mismo, el yo que siempre
sospeché me habían robado y escondido.
Alguien, en todo caso, caído en la desgracia,
con pánico en lo abierto, me golpea,
toca en mi corazón, se agarra de mis huesos,
me patear en el alma,

me grita en los riñones, me sacude,
me llora, me suplica que le abra...

Todo cesa de pronto. De pronto ya no hay nada.
De pronto, estoy tranquilo. Lo han hallado, supongo.
Y en el silencio y en la paz que quedo
sólo se siente un suave viento indiferente,
una pequeña nada fría, sonreída y tonta
y un raro escalofrío que también se va.

AQUI ESTAN LAS COSAS...

Aquí están las cosas.

Aquí estamos todos.

La hora llegó puntual,
desde hace siglos venía para acá.

Llegó el viento, atrasado.

Aquí estamos todos.

Esperando. A mí, quizás.

Esperándome. No llego.

Me impaciente.

Me di una cita aquí conmigo,
en esta hora, aquí, junto a esta mesa
y esos cigarrillos y ese libro
que también esperan.
Me di una cita aquí conmigo
y yo no vine.

Dejo esta nota aquí sobre la mesa
por si vengo después de haberme ido,
por si vengo después de haberme muerto
y ya no esté.

Yo estuve aquí, necesité de mí,
me sentía mal, estaba solo. .

LO QUE ANTES ESTABA CLARO...

Lo que antes estaba claro, ahora ya no lo está.
Me he perdido en el mundo. Y antes, me parece recordar que vivía conmigo,
o cerca de mí al menos, o, al menos, con mi consentimiento. Recuerdo que reía

Pero un día me vi mi mano, y más allá, un jarrón,
y ambas cosas me fueron perfectamente extrañas.
Me era lo mismo decir: Soy un jarrón.
Yo quería decir que no era yo, que me había perdido,
o quizás que comenzaba a buscarme, y ya no estaba.

A veces, como ahora, de noche, oigo ladrar un perro
lejano,
y me digo: ¡Si seré yo!,
¡si no seré ese perro!

Nada peor puede pasarme, nada en el mundo puede
darme un dolor más grande

que el saber, al final de cuentas,
que yo era yo, que no era nada.

Dios mío, por lo menos que a la hora de morir
esté ladrando un perro.

LAS TRES

!Taan! !Taan! !Taan!

Ha sonado despacio, con cuidado,
sin miedo sin embargo, llegando
con tres pasos certeros y precisos.

Esta es la hora justa, el débil engranaje
mediante el cual dos días diferentes se unen
y dos eternidades y dos tiempos
plenos de peso y de sucesos graves...

La hora peligrosa, delgadísima,
donde se contradice el tiempo, donde la eternidad
tiene su punto flaco y vulnerable;
la hora en que se oye el ronroneo
del delicado motor del tiempo;
la hora en que los hombres duermen para pesar menos
o simplemente para disimular,
porque una blasfemia, un tiro,

o el timbre repentino de un teléfono
puede bastar para acabar el mundo
precipitando un terremoto con pedazos de cielo
y trozos de silencio coagulado.

Es justamente aquí
por donde tiran en los hospitales a los muertos
y por donde entran las cosas que antes no existían.
Es justamente aquí, justamente ahora,
sobre este débil puente en el vacío.

Ahora los astros brillan directamente.

Ahora el vacío está vacío.
Dios casi existe ahora,
llega hasta el mismo borde,
hasta la misma piel de la existencia,
pero, bien porque no se atreve,
bien porque no hay nadie quien lo empuje,
se queda un paso atrás.
Y este vacío grande, abierto, acogedor,
es inútil. No sirve para nada.
Nadie puede llenarlo si no Dios.

Todo te aguarda, Dios, para que existas,
la fe, la duda, la miseria,
mi corazón, los sacerdotes y los santos.

PREGUNTO, ¿EN DONDE...?

Pregunto, ¿en dónde estoy?, ¿dónde me escondo?,
que hacia el lado que piense o que pregunte
encuentro sólo un aire respirado
recién dejado ahí, presentimientos.

Y sin embargo soy, estoy seguro,
de alguna forma, en algún sitio
oculto desde aquí por las paredes
y por el coro de deseos opacos, tercos, decididos,
y por el coro de colores chillones de las cosas,
y por la vida rodeándome, girando
rápida, alegre a veces, siempre en movimiento,
y por el pensamiento bullicioso
que me distrae tanto.
Pero se escurren por debajo de él

y me llegan, multtrechas y cansadas,
noticias lejanas de que existo.

Ahora bien, yo no me quiero a mí
para irme a acompañar o consolar
ni para nada semejante, quiérome,
lo digo de verdad, de veras,
para poder fumar tranquilamente
y salir a la calle y caminar despacio.
No estoy aquí y quiero fumar,
eso es todo, de veras.

ECHADO BOCA ARRIBA...

Echado boca arriba y tan extenso
como el cielo. Más extenso aun que el cielo,
porque sobre mí cabe éste entero
y otros que yo recuerdo.

Infinito.

Sin amor sin embargo. El puro estar aquí
extendido y sin sentirme límites.

Es entonces que peso un poco sobre mí
y me siento suelo apenas si pisado,
tocado con la yema de los dedos
de la existencia leve, suave,
(leve, suave, ¿quién lo hubiera dicho?)
del universo entero.

La vibración de un aire viene y se posa en mí
y se hace el canto de ese pájaro.

Y después llegan campanadas y recuerdos.

Luego la vibración de un rayo viene y se posa en mí

y se hace color de flor.

Llegan y pasan nubes, me rozan lentamente,
me hace cosquilla el universo.

Y ahora llegan ideas y se posan en mí
y el viento las sacude y las airea.

Tocarme es ser, caminar sobre mí,
y yo dejo que las cosas sean
y no pienso y no hablo
para que también aquellas
modestas, como el canto de ese pájaro,
se atreva a ser y no se espante.

-Y tú también, recuerdo de mi infancia,
tú, pequeño, ¿dónde te habías metido?
Un día te busqué y no pude hallarte.
Y Tú, Señor, atrévete por fin,
siquiera un dedo, un poco.

Todo lo que existe aquí es inofensivo,
písame, Dios, písame el alma, existe.
!Písame, Dios, písame el alma, existe!
!Aunque me muera, aunque me aplastes!

Nada.

El canto imbécil de ese pájaro.

Esto es insoportable, me levanto,
voyme otra vez a la ciudad, pisándome.
Me sentiré pisar, hundirme los zapatos duros,
que por lo menos sea yo.

BOCHORNO

Hierve la luz, el aire se desploma
como muerto de un rayo silencioso.
Sólo la cal del muro desastroso,
sólo el blancor atrévese y se asoma.

Sedienta el agua se su mergo y toma
de sí misma. El calor, libre, celoso,
busca la vida y estrangula. Toso.
Y se me espanta el alma cual paloma.

¿A quién persigue Dios? ¿A quién las moscas?
¿Qué momento habitado por qué amantes
prófugo del tiempo el tiempo espera?

He aquí mi corazón, mis manos toscas.
Yo no he sido feliz, yo olvido antes
de que el tiempo me cobre.

Al fin, afuera
huye un caballo desbocado. El era.

LA HORA DÉBIL DE LA TARDE...

La hora débil de la tarde, frágil,
se rompe, el mundo se desprende, se hunde
poco a poco, despacio, como en sueños,
hasta que al fin, sin ruido,
-sólo es un roce, un leve movimiento-
toca fondo en lo oscuro de la noche.

Sólo es un roce, he dicho, es sólo un beso
que el mundo da a la realidad
como lo harían dos amantes viejos
adúlteros citados en el sueño.

A esa hora el suelo
es el suelo del mundo, el fondo
de un mar aéreo donde flotan nubes,
donde peces negros, como pájaros, cruzan,
y todo lleno de burbujas o de estrellas.
Y por la calle entonces, bajó el viento,

corren papeles, cosas, andan gatos
buscando desperdicios y recuerdos hundidos
y cosas olvidadas por los vivos
o dejadas atrás por los que han muerto.

Es curioso, no hay muertos, pero hay gatos,
hay muchos gatos por los techos.

Aun, aun hay otras cosas.

Hay niños olvidados por sus dueños
demasiado ocupados en sus vidas
de comerciantes o de adultos serios
para acordarse de cuando eran niños
e irse a visitar tan peligrosamente lejos.
Y hay niñas dulces, asustadas,
que con el tiempo,
de mayores, se hicieron prostitutas
y ahora se niegan al recuerdo
de quien quizás las necesite urgentemente.
Niños durmiendo en los portales, ciegos
llorando por las calles en silencio.

Ruinas.

En la realidad sólo existen ruinas,
cosas, asuntos arruinados, olvidados,
aparatos dañados, desperdicios,
que lo pagaron todo

para existir de esa manera oculta, real.

Lo repito: no hay muertos.

Y eso es extraño. Es extraño.

Tampoco existe Dios, naturalmente.

A una cierta hora un campanario, un atalaya,
desde lo alto advierte,
y el mundo entonces toma aliento
resignado,
de nuevo flota, asciende lentamente,
a sustentar el día de los hombres,
sus tareas mezquinas o malvadas.
Y en la mañana el sol, la luz superficial,
lo encuentra tal y como lo dejó
pero un poco más lento y menos animado.

Un día de estos ya no surgirá.
Ya no amanecerá un día de estos.
Verá la luz desde el fondo de la noche
como la ve un ahogado que sonriera
desde el fondo del mar,
gozándose en silencio al ver el estupor
de los aviones que durante toda la noche
han estado de vuelo hacia una ciudad para bombardearla,
y que al amanecer se encuentran con que el mundo ya no está.
!Qué sorpresa se van a llevar!

CARTA AL QUE SERE YO CUANDO VIEJO

(Desde París, Julio de 1953)

No me comprenderá, señor Martínez.

Quizás ni me recuerde.

Entre nosotros, no una multitud, sino más;

no un océano sin agua, sino más:

nosotros mismos frunciendo el ceño, tercos en la vida, opacos;

más que nosotros mismos: nuestros muertos.

Más de una vida ciega entre nosotros

cuyas ventanas suenan por la noche.

Más de una vida solamente cáscara,

sólo habitada por fantasmas de asombrosas mujeres

que fueron a querernos a la vida

cuando nosotros ya no la habitábamos,

pero donde ellas insistieron en quedarse y llorar

como un coro de vírgenes irreparablemente viudas

y cuyo lamento se oye algunas noches.

Entre nosotros.

Ni esos barcos noruegos de fantasmas

harían la travesía entre nosotros,
ni hay aviones, ni pájaros, ni voces.
Sólo hay ciertos recuerdos que no vuelan
pero caen,
ciertos sueños profundos.
Y aun esto no es seguro.
Porque, ¿está usted seguro de que soy yo quien le habla?
¿Acaso no podría haber alguna interferencia,
líneas mezcladas, confusión de seres?
Quiero que me distinga entre todo lo que ha sido,
entre tanto muerto vulgar e inconforme
que le reclaman sitio a empujones y gritos
a la hora del reposo y del recuerdo,
el labio este que muerdo y la soberbia con que muerdo
sin ofrecerle ni pedirle nada a su memoria.
Y que también me señale
y que también me acuse
esta sed de pureza postmortuoria
que considero inútil,
y este dolor
con el que siempre quise escribir poemas
y que también lo considero inútil.

Yo soy aquél que pasa por sus sueños
como un fantasma azul o como un barco que pita en la neblina.
Pero antes
soy esta cosa aquí con mi trascendental
olor a calzoncillo y a alma rancia.

Este que en esta tarde lenta, retrasada,
abandonada por el tiempo,
cuando las nubes son como la mierda de Dios,
miro así por la ventana
tan solamente fumando,
tan solamente viviendo,
tan solamente mirando por la ventana
y acodado en mis ojos tristemente.

Veo la vida mía y me sonrío
y soporto los dientes de mi alma,
y me parece oírle sus pisadas,
señor Martínez,
que vienen lentas, seguras, como topos
minándome la fuerza, el poderío
con el que logro mantenerme vivo
a puro pulso, así, merdiéndome los labios,
como batiendo un record con cada instante nuevo.
Y oigo sus pisadas, lo repito,
por los suburbios de mi vida,
y su bastón, lo oigo,
y me apresto a desanclar mi corazón del mundo,
a hurtarme de mis cosas engañándolas,
quitándoles mis ~~dedos~~ dedos de uno en uno,
y a escribir estas líneas que tanto significan para mí.

Porque los muertos somos indefensos
en las manos cochinas de los vivos

no puedo sino defenderme de esta forma

diciendo: éste soy yo, y aquel otro

nada tiene que ver con mi persona.

Porque, ¡oh, Dios mío!, yo veo algunos viejos cuando dicen:

"Allá, en mis tiempos, cuando yo era joven..."

Y las prostitutas hablan de niñas inocentes que un día fueron

!y se las muestran a sus clientes!

!Y luego ríen!

Así se reirá de mí,

señor Martínez,

porque los muertos somos indefensos.

Pero he aquí que moribundo y todo

me acuso de ser yo

y nadie más que yo

y que me manden por ello a los infiernos.

Yo, minúsculo y mortal,

infinitamente, desde aquí hasta aquí,

y eternamente, desde ahora hasta ahora;

yo, el terrible, el manso,

el que lleva una lengua de buey sediento en medio pecho

y en los brazos dos lenguas igualmente

y entre las piernas una lengua dulce

de perro abandonado.

Yo, el que siente sed de todas ~~ellas~~ ellas,

el que quisiera hablar con todas ellas.

Soy ese pobre ser al lado izquierdo de mi vida,

el mezquino, el vanidoso, el que vive
sumiso y al servicio de las pequeñas vanidades
que como bocas pequeñas me reclaman a diario su alimento
y que yo satisfago atentamente
como un camareno.

Mire usted, por ejemplo, yo esta carta
no la he escrito en París. Estuve ahí...

(!fíjese, fíjese como quiero dejar constancia de que estuve ahí!)
... unos seis meses, (mentira, fue sólo mes y medio)
pero como la pienso publicar
me pareció elegante poner París.

Extraño, ¿no es verdad?

Este es el ser que tú debes amar,
perdón, que usted, señor Martínez, debe amar.
Es éste el que se está muriendo,
el que le da vergüenza ir a empeñar,
el que es preciso salvar a toda costa
y el que siente estas ganas de morirse.

¿Y es esto lo que usted recordará con complacencia?
¿Es de esto de lo que usted presumirá?
Esto que nunca puede rezar ni pronunciar la palabra Dios,
porque me fuerzo, pujo por hacerlo,
y lo único que logro es erutar
llenándoseme el alma y la nariz con el fermento
de ese dolor que ayer tarde conía.

Ciertamente, lo más probable es que usted me olvide.

Pero eso tiene graves consecuencias.

Porque aquél que echa tierra a lo que él mismo fue
le será echada la misma cantidad de tierra
por ése que él será. Esto es así.

Y además, es justo.

Pues, ¿qué derecho tiene al tiempo
o a la inmortalidad

el que a sí mismo se la niega
dejándose olvidado a la vera del camino
para que un pobre lo recoja?

Así he encontrado yo niños llorando,
olvidados por esos que ellos después fueron,
porque esos, los mayores, los adultos, los serios,
estaban ocupados emigrando siempre a toda prisa
y huyendo de la muerte. !Oh, gente mala, pobre, miserable!

¿Y son esos pobres...?

Yo pregunto ahora ¿si son esos pobres los que temen la muerte
como algo venidero, los que sudan de noche, los que van a misa?,
cuando en realidad ya en ellos están muertos,
y no lo saben, y por eso
están más muertos todavía.

Sucede a veces que estos miserables
cuando, después de mucho tiempo, van al recuerdo a buscarse,
a preguntarse algo o a visitarse simplemente,
ya no se reconocen, y se confunden.

Entonces algunos se corrigen,
se paran en medio de su vida y se convocan
y se pasan revista y se presentan;

algunos otros se suicidan

para hundirse más hondo y encontrarse antes de morirse,

-es un error en el que caen-;

y a algunos -la mayoría- no les importa nada de esto y toman por sí mismo

al primer niño que encuentran o al que ellos hubieran querido ser,

porque entre los niños hay algunos que se esconden

y no responden al llamado de la persona ignominiosa que con el tiempo,

que con la vida se hizo despreciable.

Esto es así. Esto es así. Lo juro.

Yo los conozco, a estos niños. Me los encuentro por las calles

disfrazados de ojos, de complejos, de gestos.

Y me conmueve verlos. Me conmueve.

(También a los otros los conozco, a los mayores,

pero a esos no les hablo. No los quiero)

Aneme usted, señor Martínez, frecuénteme,

no me deje perdido, rescáteme

del recuerdo de esas mujeres por donde me he perdido

y de esas ciudades extranjeras por donde me he perdido

y aun de mis mismos sueños por donde me he perdido.

Es por el propio bien de usted que se lo digo.

Por lo que a mí se refiere

juro por todos los dioses

que no entraré en el reino de los cielos

si no va de mi mano el niño que yo he sido,

y aun ese otro que no conozco más que por referencias de mi madre,

y de la otra mano usted, y aun esos otros ancianos

que esperaron en vano su turno de nacer.

Señor Martínez

por esto me señalo,
por esto quiero arder como un faro en las tinieblas
para serle referencia, para guiarle
a la hora de morirse, a la hora
de irse al recuerdo del que después de usted vendrá
donde nos reuniremos formalmente y nos veremos cara a cara.
No vaya a confundirse y se vaya a otro recuerdo
entre gente extranjera. Por esto me señalo.

Y también, lo he mencionado ya,
por esta ansia de pureza postmortuoria
y este sabor rabioso de lengua mía contra lengua
y de arrepentimiento y de disgusto.
Llámeme usted y llegaré desde debajo de la vida
embarcado en recuerdos, en submarino, en sueños,
a prestarle rigor y poderío
y a redimirme de mi vida gastada inútilmente.
Llegaré picado por remordimientos
como por escorpiones y mosquitos,
y llegaré llorando y decidido.
Abrame usted sus sienes pensando en primavera
y en cosas así de tristes y de lejos,
y ya le diré al oído lo que podemos hacer juntos
por este nombre que hemos heredado.

(¡Oh! Ahora de pronto pienso si esos pasos
no son de usted sino que de culebras

que me vienen a comer.

!!Señor Martínez!! !!Señor Martínez, ¿está usted ahí?!!

!;Me oye?! !;Es que voy a morirme ya del todo?!!

Juro cuidarme de ahora en adelante,
no emborracharme más, fumar menos,
para que este cuerpo siga en pie
y darle a usted el chance de nacer.

Perdón por no haberle podido dejar
un más saludable cuerpo y una profesión más lucrativa.
Perdón también por lo que ayer tarde dije a mi novia.
Le dije que no la quería ver ya más,
que me dejara solo y que cogiera
sus dos maletas de mi alma y que se fuera.
Compréndame usted, señor Martínez.
No quería dejársela a que usted la baboseara
con su desdentado corazón.
Pero ah ora
iré corriendo otra vez a ella
a pedirle perdón y a suplicarle
que se quede conmigo a esperarlo,
porque ella ha comprendido.
Incluso creo que lo ama más que a mí.
Algunas veces se confunde y me llama "su viejito".
Debajo de mi alma, a la derecha,
le dejo un poco de ternura ahorrada
para que se la ofrezca como suya.
Cúideme usted a esa mujer, señor Martínez,
y, por favor, mis libros, también cúidenelos.

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMÁ



3 4189 00066 9104